

doslo hemos acompañado hasta la puerta. Es el único General que nos ha visitado, lo cual ha hecho subir en un ciento por ciento la simpatía que por él teníamos.

Hemos subido á las azoteas del Convento, Pablo Rocha y yo, permitiéndolo los centinelas, que son zua-vos y por consiguiente buenos chicos, y hemos visto desde allí, perfectamente con nuestros anteojos y aun sin ellos, el fuerte de Ingenieros y las obras francesas frente á éste y al Carmen. ¡Qué diferencia entre hoy y los últimos ocho días! Gran silencio, ya no se escucha aquel terrible fuego, y en nuestras fortificaciones sólo se ven á los franceses. ¡Cuántos pensamientos ocupan nuestros cerebros! Los franceses, nos decimos, se dirigi-rán á México; pero ¿se defenderán en la Capital, como nosotros, ó la abandonarán? ¿Qué impresión ha-brá causado en el País la caída de Puebla? Oímos sonar las campanas en algunos templos. ¿Quiénes tocan y por qué tocan? Esas campanadas nos molestan y nos bajamos inmediatamente de la azotea. Lluve mucho en la tarde, lo que nos obliga al encierro.

Inmenso trabajo nos cuesta el comer; en primer lugar porque estamos muchos, más pobres que Job, y en segundo lugar porque no dejan entrar á los vende-dores, y no hay quien vaya á hacer nuestras com-pras.

A las seis de la tarde se despeja la incógnita, pues nos avisan que estemos listos para marchar mañana, y que nos llevan á Veracruz á fin de embarcarnos pa-rra Francia. Vaya pues, vamos á conocer, aunque pri-sioneros, á la bella y culta Francia. ¿Nos llevarán á todos? Si es así, bonita facha vamos á hacer algunos con nuestros uniformes desgarrados y sucios. En lo general la noticia ha causado tristeza. Una parte de

la noche la hemos pasado en plática, con proyectos y observaciones, el grupo de amigos compuesto de Mon-tesinos, Smith, Pablo Rocha, Pancho Hernández, Juan Urbina, Manuel Travesí, Antonio Calderón, Pepe In-clán y otros. A las dos de la mañana nos dormimos al son de un fuerte aguacero.

Día 20 de Mayo.

A Acatzingo.

Salida de los prisioneros para Veracruz.

Hoy en la mañana muy temprano, hemos salido de Puebla los prisioneros, pie á tierra; los Generales, con algunos Ayudantes, han quedado en la Ciudad. El Batallón de Infantería de marina, que manda el Co-ronel Hennique, un escuadrón de cazadores de Africa y otro de cazadores de Francia, son los que nos cus-todian. Nos llevan entre filas. Durante el trayecto por las calles, hemos ido cantando el Himno Nacional, y algunos han entonado la Marsellesa, que acompaña-ban á *soto-voce* los soldados franceses; pero no que-riendo dar motivo ó pretexto para que se nos fuera á molestar, pronto ha cesado este último canto. Algu-nas familias y amigos, y bastante gente del pueblo, nos han acompañado hasta la Garita de Veracruz. Como los aguaceros de ayer tarde y de la noche han mojado bien el suelo sin hacer mucho lodo, el terreno está bueno y no se levanta polvo.

Media hora antes de salir de la Soledad, nos lle-varon ocho carros para nuestros equipajes; donde los

hemos colocado en el mayor desorden, y preveo que se van á perder muchos en el camino y al llegar á las jornadas, donde ha de haber forzosamente gran revoltura al tomarlos, pues somos unos ochocientos.

A la altura del cerro de Amalúcan, sobre el camino, se nos han incorporado los prisioneros de San Javier, entre ellos el Coronel Rosado y el Teniente Coronel Emilio Rodríguez; en unión de estos venían los prisioneros de San Lorenzo, entre otros el Teniente Coronel de Zapadores Sóstenes Rocha, hermano de Pablo, cuyos prisioneros estaban esperando nuestro paso desde muy temprano, subidos en unos carros. Mucha alegría nos ha causado el volvernos á ver, y después de abrazos, etc., hemos subido algunos en los carros vacíos que lleva la escolta que nos conduce. Esta subida ha tenido grandes dificultades, pues el Jefe de la escolta ha dado orden de que todos vayamos á pie. Este Coronel es un hombre de mal carácter y de cara de vinagre, que no nos puede ver. Desde luego supimos que es el mismo Coronel de Infantería de Marina que vino con Lorencez, el 5 de Mayo, y á cuyo cuerpo hizo retroceder el General Díaz hasta más allá de la Garita donde tenían sus mochilas; tan apresurada fué la retirada, que no pudieron recogerlas todas y cayeron en poder de los oaxacos. Parece que Lorencez le echó un trepe formidable por esa pérdida, y por este motivo el Coronel no nos puede pasar. Los oficiales y soldados de Cazadores de Africa y de Francia, lejos de oponerse á que subiéramos en los carros nos invitaban á trepar. ¡Qué diferencia! Cuando vió el Coronel que ocupábamos todos los carros, se enfureció y mandó que nos bajáramos, pero todos nos opusimos, y se nos dejó.

Estando tan hermoso el día, y contentos todos los de nuestro grupo, por habernos vuelto á ver con los de San Javier y San Lorenzo, Sóstenes Rocha, Juan Urbina y otros más, propusieron improvisar unos versos en francés, para cantarlos con la música de la antigua canción veracruzana, compuesta cuando Miramón sitió á Veracruz, y que tenía el *ritornello* que se hizo famoso y que decía:

¿Qué haremos, Dios, qué haremos?
¡Nos van á bombardear,
Miramón por tierra
Y Papachín por mar!

Los versos fueron improvisados y cantados en el acto. Decía así el *ritornello*:

¿Que ferons nous (bis)
On va nous embarquer
Jusqu'à la belle France
Nous allons promener.

Al llegar á Amozoc, la gente de ese pueblo nos manifestó algo de mala voluntad, y muchos preguntaban por el Coronel Pablo Zamacona, á quien guardaban un odio concentrado. Se nos contó que poco antes del Sitio estuvo allí dicho Coronel con su batallón (Guardia Nacional de Puebla), y puso presos entre filas á unos borrachos que estaban empeñados en darles aguardiente á sus soldados, y como por esto lo hostilizó todo el pueblo al grado de haber apedreado á su tropa, hiriendo á algunos, hizo no sé cuántas cosas de á folio que dejaron de él una muy mala memoria.

Llegamos á Acatzingo al anochecer, pues la jornada es larga, y nos alojaron en unos corrales de mulas, llenos de lodo de estiércol. Nos formaron y ordenaron

que hiciéramos unas listas de todos nosotros, por grados. Así se hizo y se entregaron en el acto. Un oficial francés comenzó á llamarnos por esas listas, y como algunas habían sido hechas muy de prisa y con abreviaturas, este oficial decía sendos disparates. Por ejemplo: á Benito Quijano lo llamaba *Bisit Güifeno*, con su correspondiente *Dom*; á mí, *Dom Fran Francasó*; en la lista pusieron Pepe Inclán en lugar de José, y se le gritaba: *Dom Pepé Incló*; á Casasola le llamaba *Cacasolá*, etc. En la segunda lista, á las ocho y media de la noche, volvieron los mismos ó peores disparates que en la primera; á Benito Quijano se le llamó *Dom Bisuto Gaifero* y á Casasola, *Cacacolá*. Esto causó una risa general, y como los llamados no respondían, el oficial francés se amostazó primero y después se enfureció con tanta risa, y para vengarse nos tuvo parados en el lodo más de media hora. El Coronel Montesinos y el Teniente Coronel Sóstenes Rocha, explicaron á los oficiales franceses la causa de la risa, por lo cual ellos rieron también y le dieron una buena carga al que pasó las listas.

Nos acostamos donde mejor pudimos, habiendo logrado algunos afortunados apoderarse de una pequeña y destruída caballeriza.

He notado de paso, y hasta donde me alcanzaba la vista, como tenía el enemigo, por el Norte y por el Oriente, su línea de contravalación. Esta era doble en cuanto á los obstáculos, pues habiendo avanzado la primera en el último tercio del Sitio, abandonaron ésta, que se componía de una ligera trinchera y ramazones (digo ramazones, pues no eran abatidas); esto sin contar las grandes obras en que se apoyaban sus líneas. La segunda, colocada á medio tiro de cañón de la pla-

za, en algunos lugares, era una trinchera interrumpida, de foso más profundo y más ancho, también con ramazones de árboles en algunos puntos.

Día 21 de Mayo.

A San Agustín del Palmar.

Desde el amanecer estamos en pie. Se nos saca á la plaza, y á poco desfilamos pie á tierra para San Agustín del Palmar. Los carros están ya sobre el camino, y al llegar á ellos, los invadimos á la carrera.

Hemos notado que faltan algunos jefes y oficiales; éstos se han escapado. ¿Cómo? ¡quién sabe!

Como á las diez y media ú once nos cruzamos con un gran tren de carros que va para Puebla; hicieron alto estos á unos treinta ó cuarenta metros al lado de los nuestros, y vimos..... ¡admiración!..... vimos unos enormes cañones de fierro, rayados, de marina, calibre de 30; solo pudimos contar cuatro, pues como venía uno en cada carro y estos se prolongaban al costado, no logramos llegar hasta ellos porque no nos lo permitieron. Venían también otros carros cargados con las granadas pertenecientes á los cañones ¡bonitos pilones de azúcar! He aquí lo que nos esperaba para el día 22 ó 23 en Puebla, caso de haber resistido hasta esa fecha. Hemos hecho largos comentarios los compañeros de carro, respecto á la llegada de esos cañones, y mucho hablamos igualmente de los resultados, caso de haberse hecho uso contra Puebla, de esa potente artillería. Los comentarios nos han entretenido toda la mañana. Claro está que á pesar de las fanfarrona-

das del General Forey, veía bien que no le era posible tomar la plaza con sólo la ocupación del fuerte de Ingenieros, y que en seguida de esto, le iba á suceder lo que después de la de San Javier. Es posible que haya esperado mucho de los grandes estragos de los cañones rayados de 30, tanto para nuestras obras, como para un bombardeo á toda la ciudad. No hay duda que nos hubieran fastidiado, haciéndonos efectuar obras mucho más fuertes, pero en llegando á la guerra de calles y casas, les hubiera pasado lo mismo que con sus cañones de á 12 de batalla.

A las cuatro de la tarde llegamos á San Agustín del Palmar, alojándonos tan mal como el día anterior. Nos ha llamado la atención que no nos hayan pasado lista.

A poco de haber llegado nos hicieron formar, y contando grupos de dieciséis oficiales, han dado una onza de oro española á uno de los del grupo á fin de que dé un peso á cada uno de los demás; como no hay cambio, imposible es el reparto; sólo unos cuantos han logrado cambiar y han comido, aunque sea muy mal.

Al ir á buscar sus equipajes los jefes y oficiales, el Coronel Montesinos subió á un carro para tomar el suyo; uno de los carreros, un español, cara de borracho, le dijo que era un ladrón, pues se tomaba un baúl que no era suyo; Montesinos le contestó como se debía, y el carrero le dió un latigazo al que contestó Montesinos con un soberbio puñetazo que medio le desbarató las quijadas. Se armó la gorda, vino el oficial de la guardia, se aclaró lo que había pasado, el Jefe de la escolta mandó castigar al carrero, y como para satisfacer á Montesinos, ordenó que se le dejara pasar por donde quisiera.

Día 22 de Mayo.

A la Cañada de Ixtapa.

Salimos bastante temprano para la Cañada de Ixtapa. En el camino vimos el cadáver de un soldado mexicano, y se nos dijo que era de los prisioneros que iban adelante de nosotros y á quien habían fusilado porque trató de escaparse á la salida, en la mañana, pasando sobre la guardia. Después encontramos unos cuatrocientos soldados nuestros de los prisioneros de Puebla, á los cuales, según supimos, se les llevaba á trabajar al ferrocarril hasta Paso del Macho ó Soledad. Su vista nos afligió, pues iban flacos, macilentos y con el vestido hecho girones; quisimos darles algún dinero para que comieran, pues nos dijeron ellos que solamente les habían repartido un poco de maíz crudo en dos días; su escolta no nos dejó hacerlo y seguimos adelante.

Como á la mitad del camino nos mandaron hacer alto, diciéndonos que unas guerrillas nuestras estaban á la vista con intenciones hostiles; que luego que escucháramos el primer tiro, echáramos pecho á tierra, y que se le haría fuego al que no lo ejecutare así. Pasó más de media hora, no hubo nada y continuamos la marcha.

A las cuatro y media llegamos á la Cañada de Ixtapa.

Ha sido una gran lucha el ir en los carros, pues ni estos bastan para todos, ni se nos permite.

Sobre el camino se ha unido á nuestra escolta una fuerza del regimiento de Turcos. Ojalá y ellos sean los que nos sigan escoltando. Un teniente de Turcos, que se llama Mahomet, ha hecho grandes migas con nosotros. Es este un hombre alto, fornido, de color claro relativamente, y de más de 50 años de edad; nos cuenta que espera de un momento á otro su retiro, pues tiene muchos años de servicios, y que, como indígena, no puede pasar del grado de teniente; así es que nada tiene ya que esperar. Posee muchas medallas y es caballero de la Legión de Honor.

En la noche se oyen unos tiros rumbo al Sur. Se nos cuenta que el jefe de la escolta, al saber que se habían escapado diez ó doce oficiales, los mandó perseguir y dió orden de que fusilaran á los que atraparan. Uno cayó en poder de los perseguidores, y fué muerto; los demás escaparon. Unos dicen que el muerto fué un capitán de Chiapas, otros que de Guerrero; imposible nos es saber quién fué, puesto que los escapados eran más de diez. Al Coronel Hennique le han puesto los prisioneros "*Hepatique*" por lo bilioso y por su color, que parece que tiene derramada la bÍlis. Hay la creencia que está malo del hÍgado.

La revoltura de equipajes no puede ser mayor; algunos de nuestro grupo los hemos perdido, lo que nos arruina, pues lo que tenemos puesto es lo peor. Los carreros han hecho su agosto, y se han robado cuanto han querido.

Se nos vuelve á dar una onza de oro para cada dieciséis prisioneros.

Día 23 de Mayo.

A Acultzingo.

Salimos al amanecer para Acultzingo. Se han agregado á nuestra escolta, más compañías de turcos que nos tratan bien.

Pronto comenzamos á bajar las Cumbres. A pesar de nuestra situación, hemos gozado con las magnÍficas vistas en una mañana tan hermosa. Como anoche hubo una gran tempestad, el aire está muy puro y se vé hasta gran distancia.

Llegamos temprano á Acultzingo. Poco después fueron relevados los de infantería de marina, exclusivamente con los Turcos. No hay duda que hemos ganado en el cambio, no por los oficiales y soldados, sino por el jefe. Parece que permaneceremos aquí uno ó dos días, según dicen los oficiales franceses.

Día 24 de Mayo.

Permanecemos en Acultzingo.

Poco después de medio día llega el General González Ortega y demás Generales, en diligencia, muy bien escoltados. Muchos de nosotros pedimos permiso para irlos á ver, y se nos ha concedido. Allí sabemos que varios Generales se escaparon en Puebla, antes de su salida.

Un grupo de amigos convenimos solemnemente en

el camino entre la Cañada y este lugar, no escaparnos uno solo sin que lo hicieran los demás; esta ha sido una gran tontera, pues de no haberlo así pactado, hoy hubiéramos podido fugarnos varios del grupo, como lo hicieron otros. Sólo por amor propio podremos seguir cumpliendo un convenio tan descabellado. Los de este famoso convenio, somos: Smith, Sóstenes y Pablo Rocha, Juan Urbina, Pancho Hernández, Montesinos, Rosado, Antonio Calderón, Pepe Inclán y yo.

Día 25 de Mayo.

A Orizaba.

Salimos á las seis para Orizaba. Los Generales, aunque salieron después, llegaron antes que nosotros, pues van en coches y diligencias.

Desde el Ingenio se nos incorporó una fuerza del 7º Regimiento de Infantería francés, que parece que nos escoltará hasta Córdoba. El Jefe de esta fuerza, Comandante de Batallón, es un hombre alto y grueso y de muy dulce carácter.

Apenas llegamos, van á vernos muchas familias, y nuestra prisión se llena de gente de la ciudad.

Día 26 de Mayo.

Permanecemos en Orizaba.

Desde medio día, pero principalmente desde las seis de la tarde empiezan á escaparse, vestidos de paisanos y confundidos con los de la ciudad, un grandísimo nú-

mero de Generales, Jefes y oficiales, que son recibidos amabilísimamente por los habitantes de Orizaba y ocultados en el acto. A las nueve de la noche se nota la fuga y toman los franceses medidas rigurosas para impedir que siguiera la escapatoria. Entre los que se han fugado, está el General González Ortega.

Smith, Sóstenes Rocha, Pancho Hernández y Rosado, se han fugado sin avisarnos, y la verdad es que han hecho bien, pues los que quedamos somos unos imbéciles. Hemos estado fuera de la prisión, y con la terquedad de cumplir lo que llamamos nuestro compromiso, hemos vuelto, porque otros no habían salido. Cuando, habiendo reflexionado, nos hemos querido escapar, ya no era tiempo. Pasan de trescientos los fugados.

Han quedado muchísimos equipajes abandonados, de los que se han apoderado los que han querido, sobre todo los carreros. A las doce de la noche se me presenta el Teniente G. y me propone en venta un kepí, una levita y un pantalón de oficial de artillería, muy nuevos; yo me niego, pero me dice que el dueño, que era su compañero y amigo, se ha escapado, y que peor es dejar tirado ese uniforme; al fin le compro las tres piezas en dos pesos. Otro oficial me trae camisas, calzoncillos y unos pares de calcetines nuevos, aún sin marcar y me los regala, con tal que le compre una pequeña petaca, que le regaló otro oficial al escaparse; le doy diez reales y en el acto la aprovecho para guardar la ropa comprada. Estas compras las hice, porque mi pequeño equipaje se había perdido. Muchos equipajes quedan abandonados, sin que nadie los toque, al menos por ese día.

Ha causado un gran efecto la escapada tan nume-

rosa. Cada rato entran y salen soldados y oficiales franceses para observarnos, y no nos dejan dormir. Se me olvidaba decir que un grupo de familias de la ciudad, dispuso sesenta catres de tijera, camas y colchones bien habilitados para los prisioneros.

Día 27 de Mayo.

Permanecemos aún en Orizaba. La vigilancia es extrema; trabajo nos cuesta comer y sólo dejan entrar las comidas que nos mandan las buenas y caritativas familias de la ciudad. Este descanso nos ha sido de mucho provecho.

Sabemos que no han atrapado á ningún fugitivo, pues en la misma noche los sacaron fuera de la ciudad; los pocos que aún quedan en ella, están muy bien escondidos.

Día 28 de Mayo.

A Córdoba.

Salimos para Córdoba.

Nos alojan en una casa de altos de la Plaza, donde sólo cabemos amontonados.

Las familias de Córdoba, á semejanza de las de Orizaba, nos mandan comidas y algunos catres; estos últimos los devolvió la guardia, porque eran treinta, y dijeron que eran muy pocos.

Días 29, 30 y 31 de Mayo y 1º de Junio.

Permanecemos en Córdoba.

La casa en que estamos tiene una azotehuela en el fondo, contigua á unos patios pertenecientes á las casas de atrás. El 29, al oscurecer, algunos oficiales, que habían conseguido unas cuerdas, se escaparon descolgándose á dichos patios, donde los esperaban unos paisanos de la Ciudad. Ya íbamos á seguir otros, y tal vez se repetiría la gran escapada de Orizaba, cuando llegaron los rondines franceses, que, viendo tantos prisioneros reunidos en la azotehuela, maliciaron algo, hicieron un registro, y encontraron las cuerdas colgadas. Desde ese momento pusieron un retén en la azotehuela, y nada pudo hacerse ya. Se tenían preparadas tal número de cuerdas, que si no llegan tan oportunamente los soldados franceses, se escapan por centenares.

Yo tengo algunos parientes cercanos en Córdoba, así es que estuve visitado constantemente y comí muy bien durante nuestra permanencia en la Ciudad.

Para matar el fastidio del encierro, comienzo á poner en algún orden mis apuntes de un diario que he llevado del Sitio de Puebla.

Día 2 de Junio.

A Paso del Macho.

Salimos hoy para Paso del Macho, escoltados por la Legión Extranjera, que manda el Coronel Jeanni n gros. Este regimiento nos trata muy bien.

Hemos tenido un calor sofocante, principalmente desde el Chiquihuite; como van menos carros, la mayor parte de los prisioneros hacemos el camino á pie. Algunos han caído al suelo, sofocados, y ha sido necesario subirlos cargados á los carros.

El antiguo y fuerte puente del Chiquihuite, fué volado por nuestras fuerzas, antes que avanzaran los franceses, pero ha sido reparado con madera, provisionalmente. En el cerro y en su falda, se ven aun las fortificaciones nuestras que se habían hecho, para detener á Lorencez; y que no fueron defendidas, porque, como se sabe, después de los tratados de la Soledad, por los que se permitió á los aliados pasar hasta Orizaba, violaron los franceses esos tratados y no retrocedieron á los puntos que ocupaban, sino que avanzaron sobre Puebla.

En Paso del Macho no hemos cabido en el único alojamiento que hay, que es un galerón, y por esto, la mayor parte hemos quedado en pleno campo.

Desde que salimos de Córdoba se nos dice que nos van á embarcar á todos para llevarnos á Francia. ¡Bien! el Gobierno francés quiere pasearnos en triunfo.

Día 3 de Junio.

A Palo Verde.

Salimos para Palo Verde.

Al pasar por El Camarón nos enseñan una casa acribillada á balazos, y nos han contado la brillante defensa que hizo en ella una compañía de la Legión Extranjera que fué atacada por el Coronel Millán con fuerzas de la Guardia Nacional del Estado de Veracruz.

Al llegar á Palo Verde vimos al Coronel Jeannin-gros; es este un bizarro jefe, de aspecto muy marcial, de buen carácter y bastante simpático. Habla bien el español. Estuvo platicando largamente con Pepe Montesinos, Manuel Travesí y conmigo, haciéndonos muchas preguntas respecto del Sitio.

—Veo, nos dijo, que el ejército francés ha combatido en Puebla contra Jefes y Oficiales tan jóvenes, que parece que acaban de salir de las Escuelas.

Este Jefe tenía su tienda á la orilla del camino y estaba vestido, aunque de uniforme de campaña, con tanto esmero, aseo y compostura, como si se encontrase en la Ciudad. Palo Verde no tiene más que unos cuantos jacales, y campamos en pleno aire. Llegamos allí muy tarde.

Día 4 de Junio.

A la Soledad.

Salimos temprano para la Soledad y allí campamos bajo grandes tiendas circulares de campaña, por no haber alojamientos, poniéndonos dieciseis en cada una, que es mucho, pues apenas cabremos diez. El sol ardentísimo calienta tanto la tienda y el aire interior, que parece que estamos en un horno y preferimos arros-trar el sol, cubriéndonos con ramas y yerbas á guisa de pequeñas barracas, y con nuestra ropa como sombras. Ni alzando la parte inferior de la tienda, podemos permanecer en ella.

Como la parte baja del puente del río de la Soledad, por donde pasan carruajes, caballos y peatones,

está en compostura, hemos pasado por la parte alta, que es el puente del ferrocarril, subidos en unas plataformas; este ferrocarril, partiendo de Veracruz, llega precisamente hasta el otro lado del puente; de aquí hasta Paso del Macho están trabajando activamente para concluirlo lo más pronto posible, según dicen. Nos cuentan que hay aquí unos soldados de los prisioneros de Puebla, á quienes se les hace trabajar en el ferrocarril. No sé si será cierto.

Días 5, 6 y 7 de Junio.

Permanecemos en la Soledad.

Por lo que he visto sobre la marcha, y por lo que he logrado saber, la línea de comunicaciones de los franceses, entre Veracruz y Puebla, aunque se puede considerar como doble, en realidad estaba reducida á una. Esas dos líneas eran, partiendo de Veracruz: la primera por Jalapa y Perote, y la segunda, la verdadera, por Córdoba, Orizaba y las Cumbres de Acultzingo hasta Acatzingo. Ambas líneas se reunían en Amozoc, siendo de advertirse que desde Veracruz hasta las Cumbres no podían comunicarse entre sí, con facilidad.

En cada población y en cada lugar de importancia, tenían un destacamento, que se había fortificado á la ligera. En las poblaciones muy importantes, como Córdoba y Orizaba, tenían mayor número de fuerza, de las tropas que llegaron al final del Sitio. En Jalapa había también una Guarnición. Además de las fuerzas que custodiaban los convoys, los cuales eran

incesantes, había pequeñas columnas volantes sobre el camino. Así pues, entre Veracruz y Córdoba, estaba la Legión Extranjera; entre Córdoba, Orizaba y las Cumbres de Acultzingo, un Batallón del 7º de infantería que acababa de llegar días antes, y entre las Cumbres y Puebla, destacamentos de algunos cuerpos, como turcos, marinos, etc. Los convoys eran custodiados por las tropas que guardaban la línea. Los Egipcios expedicionaban á los alrededores de Veracruz, y una fuerza de Martinicos y de Infantería de Marina, guarnecía Veracruz. Pero como dije antes, casi todas estas fuerzas habían llegado al finalizar el Sitio de Puebla.

La vigilancia de la línea era suma, principalmente entre Veracruz y Córdoba, pues las pocas fuerzas de este Estado y sus *jarocho*s, inquietaban los convoys y destacamentos con frecuencia, y aun dieron tres ataques formales.

Si se hubieran destinado unos tres ó cuatro mil hombres de los que estaban fuera de la Plaza de Puebla á hostilizar la línea por Orizaba y destruir el camino, y los de la Sierra de Puebla á hacer lo mismo con la de Perote y Jalapa extendiéndose hasta Orizaba, y sobre esta también las tropas de Oaxaca, mucho hubieran sufrido los franceses por la falta de víveres y municiones. Decididamente hemos sido unos niños para hacer la guerra á los franceses.

Imposible es estar bajo la tienda ni de día ni de noche.

Nos dicen que hemos permanecido aquí, porque no han llegado aun á Veracruz los transportes que